
La utopía democrática en Estados Unidos*

Entrevista con François Furet

Le Débat: ¿Cómo percibe ud. el fenómeno de la *political correctness*?¹ ¿Se trata de un fenómeno relativamente marginal, restringido a ciertos departamentos —de inglés, literatura, humanidades, de estudios de las minorías— o un fenómeno de alcance general?

F. F.: Me parece que el movimiento es a la vez localizado y profundo. Es verdad que tiene puntos de apoyo electivos, pero se extiende hasta el fondo de todo el tejido universitario estadounidense. No se trata, sin embargo, de un movimiento general de la sociedad estadounidense puesto que es ampliamente ignorado por la opinión pública fuera de los *campus*. También hay transiciones. Porque la ideología de la *political correctness* se desarrolló a partir de problemas, sentimientos y tradiciones comunes a toda la vida pública estadounidense.

La emancipación de los negros —esta promesa pospuesta sin cesar desde el final de la guerra de secesión—, su verdadera integración en la sociedad, permanece —a pesar de todo lo que fue hecho desde el movimiento de los *derechos civiles* en los años sesenta— como la gran tragedia de la política interior de Estados Unidos. El arribo masivo de “latinos”, mexicanos a la cabeza, modificó profundamente el equilibrio étnico y confesional de la nación. El feminismo es un movimiento social antiguo y se ha convertido en un aspecto muy poderoso, sin comparación con el que se da en Europa Occidental. Lo jurídico ha sido siempre mucho más importante en el espíritu político estadounidense que en Francia o en Europa en general.

*Esta entrevista fue publicada en *Le Débat*, núm. 69, marzo-abril, 1992.

¹N. de las E. El término *political correctness* (p.c.) se refiere a “lo correcto” desde un punto de vista político. Para una explicación más amplia, ver Gianni Riotta “Political Correct”, *nexos* 176, agosto 1992.

La lucha de clases nunca ha sido el punto fuerte de la escena pública estadounidense, pero en el momento en que se extingue —al menos como tal— en Europa, aparece un sustituto estadounidense, bajo una forma muy particular, en la lucha de las “minorías”. Es esta idea de la justicia al servicio de las minorías que los activistas de la *political correctness* agitan como un dogma ideológico en las universidades. Quieren unificar los movimientos y los conflictos sociales que animan a la inmensa diversidad del paisaje estadounidense a través de dos mecanismos: por una parte, por la jurisprudencia en curso; por otra, imponiendo sus ideas bajo la bandera del antirracismo, de lo multicultural, de lo post-nacional, de lo post-moderno.

Por lo tanto, el fenómeno que está limitado a los *campus* universitarios es la solidificación ideológica que alimenta pasiones políticas intolerantes, con su habitual cortejo de estereotipos, de prohibiciones, de conformidad impuesta por camarillas militantes. El fenómeno es particularmente visible en las mejores universidades: las de Ivy League al este; las de California, especialmente en Stanford, al oeste; pero existe en todas. El efecto que ha tenido sobre la vida política estadounidense en general, no ha sido estudiado. Tiendo a pensar que al polarizar la opinión por la existencia de una extrema izquierda académica que legitima el radicalismo negro o feminista, se contribuye a esa transferencia de una parte del electorado tradicionalmente demócrata —aquel que está a la derecha de los demócratas, *los blue collars* blancos, la *lower middle-class* blanca— hacia los republicanos. Transferencia que es clara en las tres últimas elecciones presidenciales, pero menos manifiesta, es verdad, en las elecciones al Congreso.

Le Débat: . ¿Cuáles son los orígenes de este movimiento?

E. F.: Hay por lo menos un origen que está claro: es el problema planteado a los Estados Unidos blancos por los negros estadounidenses. La gran tragedia estadounidense —uno estaría tentado a decir la única— no ha concluido. Es necesario recordar que en los Estados Unidos los negros no son libres en el sentido político del término, y no solamente jurídico, sino desde hace 25 o 30 años, desde la integración y el movimiento de los derechos cívicos. Tratándose de ellos, la idea de los derechos de los individuos ha tomado desde esa época un valor particular, y además conmovedor, en la vida pública estadounidense. Se enriqueció con un nuevo sentido: el de una injusticia, e incluso el de un pecado colectivo que habría que redimir por la concesión de ventajas

particulares —por lo menos provisionalmente— a los que fueron objeto de dicha injusticia. Esto es: redime moralmente a los culpables al mismo tiempo que acelera la reparación de las víctimas. La civilización estadounidense ha sido la civilización democrática por excelencia, pero porta en su seno la institución más antidemocrática: la esclavitud, y después, la segregación, que tomó su lugar durante un siglo. A menudo se olvida que los Estados Unidos de mediados del siglo XX presentaban rasgos sudafricanos. La valorización de los derechos nació, esencialmente, como reacción contra la dramática injusticia histórica que sufrieron los negros. Es de ahí de donde proviene la más pesada materia histórica del radicalismo de los derechos de las minorías. Un movimiento que suscitó admirables adhesiones en los años sesenta, con la llegada al sur de numerosos estudiantes de las grandes universidades, para ponerse al servicio de la emancipación de los negros. Existió una verdadera solidaridad de gran parte de la juventud estadounidense.

Después de 30 años el balance de este movimiento no es fácil de hacer y es objeto de numerosos debates. Hoy, votan los negros, constituyen colectivamente una fuerza política importante en el seno de la democracia estadounidense y muchas ciudades grandes están administradas por alcaldes negros. La comunidad negra, más diversificada socialmente desde su desarraigo del sur hacia el norte, tiene una fuerte conciencia de pertenencia colectiva. No es una minoría entre otras, es la minoría por excelencia, el modelo de las minorías, definida por una originalidad trágica. Es la única fracción de la sociedad estadounidense que no tiene el *American dream* en su pasaporte de inmigrado. Los negros son estadounidenses casi tan antiguos como los fundadores *wasps*², pero no llegaron a su nueva patria para ser libres y felices: fueron llevados en las calas de navíos negreros, encadenados, para ser esclavos. Lo que los diferencia, por otra parte, no solamente de los *wasps*, sino también de los judíos, de los orientales o de los "latinos". En otras palabras, la colectividad negra no tiene la visión feliz y clásica de la experiencia histórica de Estados Unidos, compartida tanto por los pobres como por los ricos; esa diferencia radical puede ser observada desde diferentes ángulos, como por ejemplo: el grado de resentimiento social, la inclinación a identificarse con el tercer mundo o la concepción del papel de Estados Unidos en el mundo.

²*Wasp: white, anglosaxon, protestant*: blanco, anglosajón y protestante. [N. de las E.]

Lejos de estar consumada en el terreno político, la integración de los negros es aún mucho más problemática en el ámbito social. La mayor parte de los estudios, así como el espectáculo de las calles, hace evidente el desarrollo de una burguesía negra en un polo, y el crecimiento, en el otro, de una vasta *under-class*, testigo de que los negros estadounidenses no han agotado su desgracia histórica. Por razones que nadie ha explicado de manera convincente, la familia negra está hecha trizas: cerca de la mitad de ellas carecen de padre; la pobreza, el desempleo y la baja educación golpean preferentemente a la comunidad. El tráfico y el consumo de drogas toman el cariz de una catástrofe nacional. En fin, la criminalidad urbana, que proporcionalmente es un hecho que pertenece a los negros, se ejerce también, preferencialmente, en detrimento de los negros. Existen pocos lugares en Europa tan siniestros, tan desolados, tan desesperantes, como los *ghettos* negros de Chicago o de Washington.

Esta situación produce mucha inquietud, al mismo tiempo que alimenta un discurso pesimista según el cual, lejos de mejorar, la situación de los negros no ha sido nunca tan trágica. Muchos *leaders* negros lo piensan y lo dicen. Muchos también denuncian un complot de la sociedad política estadounidense contra ellos. Como los esfuerzos realizados desde Lyndon Johnson para mejorar la suerte de la comunidad negra han sido muy importantes, su vacío relativo (los *ghettos* y las drogas son más espectaculares que la existencia de una burguesía negra) encuentra su explicación o su chivo expiatorio en el "racismo" blanco. Racismo muy evidentemente arraigado en la sociedad estadounidense por razones demasiado fáciles de comprender, pero que la obsesión pedagógica antirracista de los *media* y de todo lo que en Estados Unidos influye sobre la opinión pública no reduce todavía, más que superficialmente, como lo demuestra el estudio de los comportamientos electorales o la rareza de los matrimonios entre blancos y negros. Todo el mundo hace y habla como si la igualdad de los negros y los blancos fuera una cuestión análoga a la del equilibrio entre grupos étnicos recientes y pobres y grupos étnicos antiguos y ricos, o incluso entre mujeres y hombres. Existe en la abstracción misma de la pedagogía antirracista algo que pasa al lado de la tragedia negra en la historia estadounidense, porque una gran parte de la ideología de la *political correctness* está unida a esta analogía de la opresión que implica el "concepto" (si uno puede decirlo así) de "minorías".

Otro elemento esencial del precedente negro en esta ideología es que el movimiento de los “derechos civiles” de los años sesenta triunfó a nivel nacional a través de los poderes político y judicial. Por un lado, la legislación Lyndon Johnson en nombre de la *great society*, que se asemeja a la tradición roosveltiana o a la del *Welfare State* europeo; por otro, las decisiones de la Suprema Corte de Justicia, por ejemplo, en materia de integración escolar, de *busing* o de trato preferencial a los negros en su entrada a la universidad o en la vida profesional. Ahora bien, después de Johnson, bajo las presidencias de Nixon y de Reagan, cuando los republicanos retomaron la Casa Blanca, se desarrolló en los “liberales” estadounidenses (que en Francia llamaríamos la izquierda) la idea y la práctica de que la Suprema Corte puede ser sustituida por el poder político en el movimiento por los “derechos”; que el poder judicial puede ser utilizado como la vanguardia de la transformación social. Esa transferencia de responsabilidades de los elegidos por el pueblo a una corte de nueve jueces nombrados por el presidente explica hasta qué punto la composición de este tribunal va a convertirse en un espacio de decisión absolutamente capital —siempre ha sido importante, pero nunca como en este fin de siglo. Tocamos aquí una sobrevaloración de lo jurídico, de los jueces y del poder judicial, incluso con relación a la tradición constitucional estadounidense; es uno de los rasgos de la ideología de la *political correctness*.

Le Débat: . Hasta ahí las cosas son relativamente fáciles de comprender. Pero ¿por qué, cómo cristalizó una ideología política como ésa a partir de una cuestión tan específica como la problemática negra?

F. F.: En efecto, es ahí donde las cosas se vuelven más enigmáticas. Hoy, en Estados Unidos, la secuencia “*blacks, women, minorities*” tiene un valor casi de letanía; el término de *minorities* comprende, además de los negros y las mujeres, a los “latinos” (los mexicanos al frente), a los orientales (pero no los judíos, excluidos sin duda por primera vez en la historia universal de este estatus de minoría), finalmente, a los homosexuales (de ambos sexos). La enumeración dice bastante sobre cuán heterogénea es la lista y cuán confuso el concepto, sin embargo se ha convertido en eslogan e implica como una especie de evidencia para los militantes de la causa y para otros.

En sí misma, la idea de las minorías es familiar a los estadounidenses ya que es inseparable de la manera como se constituyó el país: por olas de inmigrantes que conservaron cada uno en su nueva patria algo de

su comunidad de origen. Su uso actual ensancha al infinito esta idea de particularidades culturales propias de un grupo dado, y no hay palabra empleada más a tontas y a locas como aquella de “culturas” en el vocabulario estadounidense de hoy. Su uso presenta, al menos, la ventaja de expresar una de las obsesiones del movimiento p.c.: a saber, que nada se presenta al hombre como una circunstancia natural, sino que todo está construido socialmente, todo es político. La homosexualidad es una cultura, como la feminidad, como el hecho de ser negro, o puertorriqueño, o chino, y todas las culturas son iguales y todos los individuos también lo son. Ahora bien, la desigualdad entre los individuos proviene de que sus respectivas culturas han sido discriminadas en provecho de eso que se designa como la *white male culture*: los Estados Unidos de los hombres blancos de filiación europea.

De ahí varias características de la ideología p.c.: primero, el rodeo por las “culturas” no es más que una vestimenta nueva del individualismo igualitario de la democracia moderna, cuyo objetivo es lograr las condiciones de una verdadera igualdad de los individuos frente a las carreras profesionales que les ofrece la sociedad, liberándolos de desventajas que, de una manera o de otra, hacen pesar sobre ellos sus “culturas”. Por donde se vuelve a encontrar el igualitarismo hedonista de la democracia, con una panoplia enriquecida, ya que el camino a la igualdad no pasa más por la simple promoción meritocrática de los individuos tal y como la sociedad los hace nacer, sino por técnicas sociales de recuperación colectiva en provecho de grupos que han sido objeto de una discriminación negativa causada por la hegemonía “cultural” de los hombres blancos. La idea del tratamiento preferencial en favor del individuo miembro de una minoría oprimida, idea elaborada a propósito de los negros en función del carácter dramático de su historia y su situación, se extiende a todas las minorías —como las definí anteriormente; es, a la vez, un producto y una mutación de la pasión igualitaria moderna. Defendida con uñas y dientes por los activistas de la p.c. y aprobada por la legislación y la jurisprudencia, suscita, en sentido inverso, hostilidades muy fuertes, en la medida en que es una ruptura con el modelo meritocrático clásico que los estadounidenses habían convertido en su estandarte nacional.

En las razones ocultas —bastante numerosas— que a menudo actualmente enfrentan a negros y judíos en los Estados Unidos, existen estas concepciones opuestas de la promoción social de los individuos. Por

una parte, los judíos creen en la escuela, y por la otra los negros en la acción afirmativa.

Otra consecuencia u otro aspecto del “multiculturalismo” militante es la denuncia de la cultura europea como fuente (y justificación al mismo tiempo) de la hegemonía *white male*. Es el lado más desconsolador, en el plano intelectual, de esta nueva vulgata política, ya que conduce a relativizar todas las obras del espíritu y el arte, y a debilitar la idea de universalidad de lo verdadero, sin la cual la noción misma de educación pierde su sentido. Un intelectual francés no contempla sin melancolía el uso que se hace, más allá del Atlántico, de algunos de nuestros grandes “gurús” nacionales de los años sesenta y setenta. Por otro lado, notemos de pasada que ese relativismo cultural se contradice con el acento puesto en lo jurídico, el papel del derecho y de las cortes. Existe en el movimiento p.c. la misma incoherencia lógica que en la obra de Foucault: ¿cómo justificar en nombre de Nietzsche una militancia democrática de extrema izquierda? *A fortiori* si se da ahí un lugar central al derecho.

Entra, también, en esta negación apasionada de la cultura europea en los medios activistas de las universidades de Estados Unidos, algo de la relación ambigua que los estadounidenses mantienen desde el origen con Europa: un pasado del que han huido, aunque sean hijos suyos. Y un futuro del cual quieren ser los exploradores, para mostrar el camino al mundo que han abandonado. Hay utopía social en la *political correctness* y un poco de barbarie, como en todas las utopías.

Le Débat: . El lugar de las mujeres en el movimiento aparece como algo central. ¿Cómo explicarlo?

F. F.: El movimiento feminista estadounidense es antiguo. Por otra parte, incluso antes del feminismo, las mujeres jugaron un papel importante en los *revivals* religiosos que acompañan la historia estadounidense. Hoy el feminismo estadounidense es infinitamente más poderoso y más revolucionario que su contraparte europea. Comprende, naturalmente, varias corrientes: de las más moderadas a las más radicales. Pero lo que sorprende al observador extranjero es, más bien, su fuerza y su radicalismo, más que su moderación y su sentido del compromiso.

Con todo, es un movimiento muy burgués (*upper-class* en el vocabulario estadounidense) y cuyos elementos más militantes se encuentran en las profesiones liberales: abogadas, médicas, profesoras, mujeres de negocios, etcétera. Existe, a los ojos de un observador francés, una fuerte

disparidad entre la pertenencia social a las clases superiores de las feministas militantes y el tono muy radical de sus creencias políticas. Este contraste obedece a que un vocabulario revolucionario —que apunta a politizar todas las cosas, inclusive las relaciones privadas entre los sexos, y a reivindicar una transformación voluntarista de las costumbres y de las mentes— continúa, sin embargo, confinado al interior del mundo burgués —por lo que difiere, visiblemente, del horizonte político de los negros radicales y permanece clásicamente estadounidense. En efecto, la referencia al tercer mundo, al esclavismo colonial, a escritores como Franz Fanon, así como al Islam (el más violentamente hostil a Occidente) acerca a muchos intelectuales negros a la tradición revolucionaria clásica aunque no sea más que por la voluntad de abolir la sociedad capitalista. Por el contrario, la reivindicación central de las feministas, incluso vanguardistas, es no sólo la de un ajuste de cuentas, sino la promesa ilusoria del desarrollo profesional *business like* de los hombres. Esta reivindicación moviliza pasiones revolucionarias sin ofrecerles un horizonte revolucionario, es decir, post-capitalista; por el contrario, sólo pone la suficiente intransigencia en su vocabulario y su acción como para reclamar su parte del *American dream*. En la pasión igualitaria de las feministas estadounidenses entra una sobrevaloración del éxito profesional y una fe en el espíritu de competencia muy congruentes con el genio nacional; características que contribuyen a explicar a la vez la aspereza del movimiento y su fanatismo por la similitud con el mundo masculino. La reivindicación de la igualdad se acompaña de una afirmación de identidad entre los sexos. La idea de una particularidad femenina es perseguida como la justificación pura y simple de una opresión, al punto que una parte del movimiento mira con desconfianza la legislación del trabajo en favor de las mujeres embarazadas.

Lo más extraordinario que hay en el feminismo estadounidense es, justamente, la negación de que exista algo natural en la existencia y relación de los sexos: la idea de que todo está socialmente construido y que puede ser cambiado. Es bajo esta perspectiva que la homosexualidad femenina se encuentra valorizada más como una emancipación política, que como una preferencia sexual. Ya que las relaciones amorosas entre mujeres suprimen por una elección deliberada la heterogeneidad de los sexos, instauran o restauran la identidad de las parejas pensada como una garantía de su igualdad. Lo que es más natural, es decir, la relación heterosexual, es también lo más sospechoso. El lesbia-

nismo está, así, dotado de una triple virtud política: restablece, primeramente, los derechos de una minoría sexual injustamente tratada; evita, enseguida, a las mujeres la diferencia-desigualdad de la relación heterosexual; por último, conforma plenamente la identidad “cultural” del mundo de las mujeres, condición de su estatus colectivo de minoría.

Cuando no se llega a ese tipo de análisis, monopolio de la vanguardia, el grueso del feminismo estadounidense se encuentra al menos de acuerdo en poner la vida privada de los ciudadanos bajo la regla pública de la ley democrática: medio mínimo de controlar lo que las relaciones de todo tipo entre hombres y mujeres pueden implicar de historia, de tradición o de rasgos particulares. La idea de que existan costumbres es rechazada como reaccionaria, en provecho del reino universal de la abstracción jurídica, comprendida la economía doméstica, la vida de las familias, las relaciones sexuales. La amplitud, por ejemplo, dada al concepto de violación, la multiplicación de los casos de *date-rape* traducen esta voluntad de hacer del acto sexual algo como un contrato concluido entre dos voluntades libres que lo han consentido expresamente.

Al decir esto me expongo, naturalmente, a que se me acuse de desconocer la desgracia de las mujeres que han sido violadas sin atreverse a manifestarlo, pues los prejuicios sociales las colocan de antemano en estado de inferioridad. Pero no niego en ningún momento que la igualdad jurídica entre los sexos, y su inculcación en la opinión, sean progresos esenciales de la civilización (europea, por otra parte, pues en el mundo. . .). Lo que critico es la tendencia a hacer del derecho una ideología, verlo como el único regulador de las relaciones interindividuales —independientemente de la naturaleza que éstas tengan. El amor sexual es uno de esos campos donde el concepto de consentimiento no es siempre claro. Me parece que hay una amplia literatura sobre el tema. . . Si se quiere a toda costa suprimir, en todos los casos, cualquier ambigüedad, pronto será necesario que las parejas lleven sus abogados para levantar el acta oficial antes de acostarse. *A fortiori* cuando uno sea rico y el otro no. . .

Sería un error el poner esa especie de mojigatería sexual, de la que la vida pública estadounidense ofrece tantos ejemplos recientes, en la cuenta de la tradición puritana de los Estados Unidos. Desde luego esta tradición existe y siempre pesa en las costumbres. Pero en la actual ideología feminista, la sexualidad es considerada sospechosa en nombre de un ideal más moderno, independiente de la religión: la idea democrática

de autonomía de los individuos y de sus derechos. El viejo puritanismo encuentra una nueva juventud en la noción extraída de Freud —un Freud combinado con Foucault— de que la sexualidad es un poder, que es necesario, si no ahuyentarlo de la ciudad, al menos impedirle por la ley que sea un obstáculo a la autonomía. Se vuelve a encontrar aquí el carácter utópico-democrático que posee la ideología p.c.; por la misma situación, ésta toca uno de los cimientos de la civilización liberal: la separación entre lo privado y lo público. La izquierda estadounidense, con el antirracismo y el antisexismo, inventó la lucha de las minorías y la guerra de los sexos, una versión original de la lucha de clases que manifiesta, una vez más en el interior de la democracia moderna, la dialéctica conflictiva entre la igualdad y la libertad.

Le Débat. ¿Cómo se organiza y administra esta curiosa alianza de las feministas y las minorías étnicas, particularmente los negros?

F. F.: Las feministas piensan la comunidad de las mujeres sobre el modelo de una "minoría", como si hubieran sufrido durante siglos una discriminación negativa que es necesario redimir en nombre de la igualdad de derechos. A pesar de la extravagancia de esta analogía, ellas se consideran víctimas de una opresión de la misma naturaleza que la que pesó sobre los negros. Reinventan una historia de la humanidad vista desde esta óptica: a partir de la "cultura" de las mujeres, historia teñida de una fuerte hostilidad a las costumbres y a la pretensión universalista de Europa, por donde se une a la de los "afroamericanos" al costo de un absurdo; pues es evidente que, globalmente, la historia no europea, pasada y presente, ofrece ilustraciones de opresión de las mujeres infinitamente más escandalosas que las del mundo europeo. Por lo demás, la comunidad negra estadounidense —hombres y mujeres en conjunto— es todo lo que se quiera menos inclinada al feminismo. . . Pero como todas las modernas ideologías políticas fuertes, la de la *political correctness* no se define en relación con la observación de los hechos. Parte de una idea de la humanidad que pretende imponer a todos, a través de una letanía ridícula, militante y las sentencias de la justicia invocadas como si fueran textos de filosofía moral. Al hacer esto, la p.c. tiende a rechazar el pluralismo de las opiniones y de las visiones del bien común que es la base de la sociedad moderna. En nombre de la autonomía absoluta de los individuos y de su igualdad no menos absoluta en el goce de esta autonomía, la p.c. amenaza su libertad real, les dice lo que hay que pensar y cómo actuar. No es la primera vez que sucede esto; los

franceses pasaron por la desgraciada experiencia de saber que la idea democrática manejada sin prudencia se vuelve contra sí misma. Incluso en la patria de Madison está presente este peligro.

El cemento de alianza entre el movimiento feminista y el movimiento negro está en la idea de los derechos subjetivos de los individuos, de la real puesta en marcha de estos derechos (incluso por la compensación de las injusticias del pasado) por los diferentes poderes, particularmente a nivel federal y ante todo por el judicial. En este momento existe en Estados Unidos un verdadero déficit de lo político, generado por una cierta cobardía de los elegidos por el pueblo, presidente y congreso, para solucionar las cuestiones de la sociedad planteadas por el pueblo como una consecuencia del papel esencial jugado por la Suprema Corte en la integración de los negros. Testimonio de lo anterior es la manera mediante la cual ha sido "regulado", si así se puede decir, el problema del aborto: una sentencia de la Suprema Corte, en 1973, *Roe vs. Wade*, hizo de la interrupción voluntaria del embarazo un derecho de la mujer, a título de su *privacy*. Desde entonces, esta resolución no ha dejado de ser objeto de apoyos y rechazos apasionados, al grado de que ha dividido casi por la mitad a la opinión pública. Suscita, periódicamente, por parte de quienes se oponen a ella, actos de violencia, como atentados con bombas contra clínicas donde se practica la interrupción del embarazo. Las feministas toman la resolución *Roe vs. Wade* como un texto casi sagrado. Sin embargo, no puedo evitar el pensar que, si un país tan cristiano como Estados Unidos reguló una cuestión como esa a través de una resolución judicial en lugar de tomar una decisión política, en términos filosóficos-jurídicos, en términos de "derecho" es decir, por el conducto de los nueve jueces encargados de dilucidar un dilema filosófico "irresoluble", fue la peor manera de proceder. El resultado lo demostró. Se puede juzgar la falta de sabiduría en la resolución *Roe vs. Wade* al comparar en esta cuestión a los Estados Unidos con Francia o Italia, por ejemplo; en estos dos países de Europa, de tradición católica si la hay, la legislación sobre la interrupción del embarazo no es menos permisiva, pero ha sido votada: en Italia por el pueblo mismo, y por el congreso en Francia. Se pretendió resolver un problema social, no una cuestión filosófica y no se suscitó esta especie de guerra civil latente que provoca en Estados Unidos.

Además, al hacer de la Suprema Corte y del activismo judicial la vanguardia del futuro del país, la izquierda estadounidense tomó el

riesgo de politizar al extremo la más alta magistratura de la nación. Como los jueces son nombrados de por vida por el presidente, y la presidencia es republicana desde hace casi 12 años, la mayoría en la Suprema Corte, a consecuencia de las nominaciones hechas por Reagan y Bush, ha pasado de los liberales a los conservadores. Y los republicanos pueden estar y están tentados a abandonar su doctrina del *judicial restraint* en provecho de un activismo judicial al revés, que podría invertir algunas experiencias de la jurisprudencia reciente: las de los años 1960 y 1970. Es lo que se perfila a propósito del aborto. Pero las opiniones que se confrontan son tan apasionadas, y la resolución de 1973 tan rígida, que no veo por donde pueda encontrarse un punto mínimo de consenso.

Esta situación institucional es la que conforma el telón de fondo del gran psicodrama estadounidense que se vivió en octubre del año pasado con la confrontación entre Clarence Thomas y Anita Hill frente a la comisión judicial del Senado durante tres días. Clarence Thomas es el juez negro que acababa de ser nombrado por Bush como nuevo miembro de la Suprema Corte para reemplazar al único miembro negro de la augusta magistratura. Nominación un poco perversa, es necesario decirlo, ya que se trata de un negro republicano hostil a la jurisprudencia de la acción afirmativa, la cual, sin embargo, había beneficiado su brillante y rápida carrera. A los 43 años, él inmoviliza el puesto por mucho tiempo y hace inclinar de manera decisiva a la mayoría de la Suprema Corte en favor de los republicanos. En el verano de 1991, durante las *hearings* que por ley tiene que enfrentar todo nuevo nominado frente al senado, fue hostigado por los demócratas sobre su doctrina judicial, particularmente sobre la resolución *Roe vs. Wade*, pero prefirió decir lo menos posible al respecto, escudado en la libertad de apreciación del juez para dilucidar según el caso. No convenció, pero tampoco dijo nada que hiciera probable un rechazo de la elección presidencial por parte del Senado, como en el caso anterior del juez Bork; los demócratas son mayoría ahí, pero deben justificar sus votos frente a sus electores, y este *nominee* es un negro, por lo tanto difícil de impugnar, particularmente por aquellos senadores que tienen un gran electorado negro.

Así, Clarence Thomas estaba a punto de ser confirmado cuando, algunos días antes de la sesión del Senado, estalló en la prensa la denuncia de una de sus antiguas colaboradoras, negra y republicana también: Anita Hill. Ella se quejó de haber sido objeto, diez años antes,

de hostigamiento sexual, bajo la forma de repetidas declaraciones obscenas por parte de su antiguo patrón. El caso no justifica un reclamo ante un tribunal, ya que es muy antiguo para ser proscrito. Pero es suficiente, claro, para desacreditar a Thomas como miembro de la Suprema Corte. La vida pública estadounidense ha estado siempre llena de este tipo de escándalos sexuales.

Su capacidad de perjudicar es llevada hoy a su punto máximo. Los grupos de presión liberales y feministas, que no han podido derribar a Clarence Thomas con sus presiones sobre los senadores y la opinión pública, hacen de Anita Hill su nueva abanderada.

En los tres días de *hearings* suplementarias que siguieron, la comisión judicial del Senado escuchó e interrogó sucesivamente a Anita Hill, a Clarence Thomas y a dos series de testigos en favor de uno y de otro. Debates retransmitidos íntegramente por las grandes cadenas de televisión, seguidos con pasión por varias decenas de millones de estadounidenses que confundían más o menos estas últimas audiencias de confirmación de un juez a la Suprema Corte con las de un tribunal. Sería necesario un talento de novelista para hacer revivir también la intensidad, la riqueza, la tristeza, lo cómico y lo ridículo de esta situación. Todos los personajes de la psique estadounidense en crisis estaban en la cita dada por esos dos monstruos sagrados que son la Suprema Corte y el Senado: la cuestión negra, el feminismo, el sexo, el puritanismo, las instituciones, la naturaleza del *American dream*, la libertad privada y la moral pública, la ideología p.c. y las incertidumbres del conservadurismo republicano. La melancolía provenía de que los dos grandes papeles del espectáculo eran sostenidos por dos negros, un hombre y una mujer, ambos nacidos en la pobreza, ambos hijos de la *Affirmative action*, ambos egresados de la prestigiosa Yale Law School y convertidos en burgueses negros y republicanos. Ambos, por fin, enérgicos, voluntariosos, inteligentes, convincentes. Ahora bien, el caso particular que los enfrenta oculta a los que manejan los hilos y que pertenecen todos al mundo blanco: los grupos de presión feministas por un lado, el poder del presidente y el del partido republicano, por el otro. El arbitraje, por lo demás, está en manos de una docena de senadores de los dos partidos, poco calificados en conjunto para encarnar una corte de moralidad (el rostro del último Kennedy, en medio de la pantalla, fue como un contravalor emblemático para el telespectador estadounidense).

Nadie sabe y probablemente nadie sabrá quién dijo la verdad y quién mintió: Clarence Thomas o Anita Hill. Sus relatos son contradictorios y los sucesos que los oponen diez años después no tuvieron testigos. Pero lo que es políticamente interesante es que Anita Hill haya sido la perdedora frente a la opinión pública que favorecía a Thomas en más de dos contra uno, sin que hubiera mucha diferencia en la población blanca entre las opiniones de los hombres y las de las mujeres mientras que en el caso de los negros, las mujeres sostuvieron más masivamente aún la causa de "su" *nominee* a la Suprema Corte. Estos sondeos, que aparecieron desde el segundo día de las *hearings* (y que pesaron posteriormente en el voto final —así anda la democracia moderna) tienen un interés doble. El primero, mostrar los límites sociales del feminismo p.c. en la opinión pública, incluso entre las mujeres: confirmación de que se trata de un movimiento de clase alta por una parte, y de militantes por la otra. Lo que explica su fuerza, por ejemplo, en las universidades, o en la organización electoral del partido demócrata, pero también, bajo su forma ideológica, su influencia limitada. El segundo interés de los sondeos relativos a estos tres días memorables es mostrar hasta qué punto la comunidad negra y el movimiento feminista perciben de manera diferente el sentido de su acción supuestamente común. Los negros se consideran como minoría negra, lo que excluye (incluso las costumbres tienden en este sentido, pero en realidad no es el caso) una lucha particular de las mujeres negras; Clarence Thomas, aunque nominado por Bush, aunque republicano, fue percibido por su comunidad, hombres y mujeres, como uno de los suyos, nombrado para la Suprema Corte, el más alto tribunal de la nación. El comportamiento de Anita Hill fue severamente juzgado por la mayor parte de las mujeres negras. Por donde se restablece, contra las ilusiones diseminadas en los *campus* por los militantes de los "derechos de las minorías", la más antigua de las verdades de la política interior estadounidense: la primacía y la especificidad de la cuestión negra, esta llaga abierta, desde los orígenes, en un costado de la democracia de los Padres fundadores.

Le Débat: . ¿En qué medida el movimiento p.c. es una amenaza para el sistema universitario estadounidense?

F. F.: Es una amenaza a la vez para la calidad de la enseñanza y para la libertad. El movimiento p.c. posee esta analogía con los grupos europeos de extrema izquierda: que están dominados por el afán de emulación y proceden por intimidación. Se ha vuelto imposible, por

ejemplo, discutir la definición de una "cultura de las mujeres" o de una "cultura afroestadunidense" y debatir la pertinencia de los nuevos departamentos universitarios que se han multiplicado con la bandera de estas especialidades inéditas. Esto no quiere decir que las dos ideas, tomadas separadamente, sean absurdas o que no interesen. Tampoco que no exista interés en hacer investigaciones en estos terrenos, pero la cuestión es saber, primero, cuales son las ventajas y los inconvenientes intelectuales de separarlos de la historia general. Y, a continuación, si es bueno hacer ghettos ideológicos, reservados a estudiantes y a profesores de una obediencia política dada. Uno de los grandes historiadores estadounidenses de la historia de los negros, Eugene Genovese, marxista por lo demás, escribió el año pasado en un artículo de *New Republic*, algo con lo que me siento profundamente de acuerdo: y es que existirían más ventajas que inconvenientes en tener departamentos de historia afroamericana o de historia de las mujeres si no fueran enclaves dogmáticos, compuestos únicamente profesores que "piensan bien", es decir, que no piensan.

Desde la guerra, las grandes universidades estadounidenses, en tanto que instituciones y globalmente hablando, son las mejores del mundo. Están en serio peligro de dejar de serlo, por lo menos en aquellas áreas que no tienen relación con las "ciencias duras", si no actúan rápido contra la politización que las invade, poco a poco, facilitada por el reclutamiento preferente de profesores salidos de "minorías" que imparten cátedra con criterios más ideológicos que intelectuales. Para describir lo que se enseña hoy en gran número de departamentos de francés o de inglés en Estados Unidos —estas son las zonas víctimas de un siniestro por excelencia— sería necesario un gran autor cómico como Aristófanes o Molière.

Le Débat: ¿Puede uno hacerse una idea del impacto de la ideología p.c. en la vida política estadounidense a escala nacional?

E. F.: Su influencia exacta es difícil de conocer en la medida en que acompaña, como una caricatura, a grandes movimientos sociales que transforman desde hace 30 años la sociedad estadounidense: la emancipación de los negros, la igualdad de las mujeres y su entrada masiva al mercado de trabajo, la inmigración-integración de los mexicanos. El crecimiento del *Welfare State*, el desarrollo de la *Affirmative action*, el papel particularmente activo de la Suprema Corte han encontrado ahí su razón de ser. Agreguemos que, sociológicamente, la ideología p.c. es

hija de la generación de los *sixties*, actualmente instalada en los puestos de responsabilidad y ya no únicamente en las universidades: lo que le da una caja de resonancia. El ex-izquierdista "exitoso", tan típico del período que hemos vivido, encuentra sus señales en ese hiperindividualismo igualitario, oculto en los derechos de las minorías. Pero, al mismo tiempo, la nueva vulgata p.c. es demasiado pedante, esotérica y absurda para rebasar verdaderamente el horizonte de los debates universitarios, si bien el grueso de la izquierda estadounidense, digamos el partido demócrata en su ala *left liberal* vive más a la hora del *New Deal* o de la *great society* que a la de lo multicultural, de lo post-moderno y de lo post-nacional.

Desde hace 15 o 20 años, y por otra parte, sobre todo desde Reagan (1980), la opinión pública estadounidense va más bien en el otro sentido. No hay que exagerar su inclinación hacia la derecha, pues reafirma sin cesar, en las elecciones legislativas, su adhesión a la protección social y, por ejemplo, el interés que manifiesta en la instauración de un sistema colectivo de salud pública; incluso Reagan tuvo muy poco tiempo una mayoría republicana en el Senado y la Cámara de representantes es un coto privado demócrata. Pero, finalmente, las tres últimas elecciones presidenciales han sido victorias fáciles de los republicanos. Los estadounidenses continúan desconfiando de este enorme Estado federal que han construido; detestan la idea de pagar más impuestos. No les gusta el *busing*, no les gusta demasiado la *Affirmative action*. La presencia de un fuerte grupo de presión negro en el interior del partido demócrata desvía a los más conservadores de sus electores hacia los republicanos. En este contexto, el radicalismo feminista, si bien aporta una ayuda militante al partido, también le crea un polo disuasivo, por ejemplo, en el interior del electorado popular irlandés, italiano o polaco, no muy convencido por el *Roe vs. Wade*. . . El dilema del partido demócrata, si quiere retomar la Casa Blanca, es reimaginar una coalición y una esperanza colectivas sobre otro aspecto que no sea el *New Deal*, porque el país ha cambiado y porque se trata de unir algo difícil. La p.c. no ofrece ninguna solución a este dilema, al contrario.

Le Débat: . Al escucharlo, se duda entre dos interpretaciones que condicionan el diagnóstico del futuro. Se puede creer en un movimiento de moda que surge, después de otros que al parecer han sacudido los *campus* y que volverá a caer del mismo modo. O bien, uno puede preguntarse si no se está en presencia de un movimiento que viene de lo

más profundo de la sociedad y de la historia estadounidenses y que, por este concepto, podría representar una tendencia durable.

F. F.: Por lo que concierne a los negros, la situación no trae consigo una solución rápida. Sin embargo, esta solución es relativamente clara. Los negros estadounidenses no son ni bastante poderosos ni bastante numerosos material o espiritualmente como para inventar en Estados Unidos otra cosa que América del Norte. Por el momento, los progresos realizados se han contentado con la creación, en las grandes ciudades, de un vasto sub-proletariado que vive en la anonimidad social. Pero la urbanización de los negros es un fenómeno reciente y su emancipación política más aún. La esclavitud siempre forma parte de la tradición oral de la comunidad. ¿Cuántas generaciones serán necesarias para que la civilización estadounidense encuentre un lugar para sus víctimas donde puedan aprovechar sus beneficios? No creo exacto el argumento según el cual lo hecho en este terreno es poca cosa: lo contrario es lo cierto. Pero toda la actividad, todo el dinero, toda la pedagogía malgastados no han logrado aún más que resultados ambiguos. La integración de los negros, que ha avanzado, produce también la desintegración de la comunidad. Por el momento se está ahí.

La igualdad de las mujeres con relación a los hombres está en camino y avanza rápido, en Europa como en Estados Unidos, sin que se acompañe en Europa, gracias a Dios, de los absurdos y de las amenazas para la libertad de todos que implica en los Estados Unidos. Esta va a cambiar mucho las sociedades democráticas sin transformar su naturaleza; no producirá ningún hombre (o mujer) nuevo (o nueva).

La ideología p.c. testimonia a su manera los grandes problemas raciales y sociales de Estados Unidos y la vasta renovación étnica de la cual es objeto el país a través de la inmigración "hispanica". Esta ideología puede, igualmente, ser considerada como su producto, gracias al filtro de los *sixties*, como el fracaso relativo de la *great society*, seguido del triunfo del reaganismo. Pero, desde otra perspectiva ésta también es independiente, ya que es una proyección abstracta, una cristalización de ideas, limitada a medios universitarios unidos entre sí, pero aislados con relación a la nación. Es más interesante bajo su aspecto más frágil y, probablemente, más perecedero, es decir, como bricolage intelectual. Primero, porque, por su extravagancia misma, por el carácter contradictorio de las ideas que pretende unir, manifiesta una vez más la inclinación de la democracia moderna hacia la construcción de utopías. In-

cluso en aquella democracia moderna que es, a la vez, la más antigua y la menos inclinada por tradición y por gusto a intelectualizar las pasiones políticas, hete aquí que ha nacido la última de las utopías de regeneración de la humanidad. A continuación, porque el cuerpo de ideas que da forma la *political correctness*, si bien proviene del fondo común de civilización que comparten Estados Unidos y Europa, constituye una versión típicamente estadounidense de las pasiones democráticas. La música filosófica es, por cierto, germano-francesa, pero el texto y los actores nos hablan aún del *American dream* en su última versión. Esto es así porque el movimiento p.c. es ridículo y profundo a la vez.

Traducción: Antulio Sánchez